

BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO
SOCIALISTA

LA CUESTIÓN AGRARIA

KARL KAUTSKY

UNAM



45527

INVESTIGACIONES SOCIALES

9a. edición



siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.

CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310, MÉXICO, D.F.

siglo xxi editores argentina, s.a.

LAVALLE 1634 PISO 11-A C-1048AAN, BUENOS AIRES, ARGENTINA

primera edición, 1974

novena edición, 2002

título original de giuliano procacci:

introduzione a la questione agraria di karl kautsky

© giangiacoimo feltrinelli editore, milán, 1959

título original de karl kautsky:

die agrarfrage. eine übersicht über die tendenzen der modernen landwirtschaft und die agrarpolitik der sozialdemokratie

© verlag j. h. w. dietz nachf. 1899

edición para toda américa latina autorizada por
ruedo ibérico - 6 rue de letran - parís 5e

© de esta traducción y el prólogo de giuliano procacci
siglo xxi editores, s.a. de c.v.
isbn 968-23-0147-5

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en México/printed and made in Mexico



INVESTIGACIONES
SOCIALES

INDICE



INTRODUCCION DE GIULIANO PROCACCI	xi
LA CUESTION AGRARIA	cv
PROLOGO	cvii
PROLOGO A LA EDICION FRANCESA	csiii
PRIMERA PARTE: EL DESARROLLO DE LA AGRICULTURA EN LA SOCIEDAD CAPITALISTA	
I. INTRODUCCION	3
II. EL CAMPESINO Y LA INDUSTRIA	7
III. LA AGRICULTURA DE LA EPOCA FEUDAL	17
A. El sistema de rotación trienal, 17. B. La limitación del sistema de cultivo en tres hojas por obra de la gran explotación, 19. C. El campesino se convierte en un hambriento, 25. D. El sistema de hojas se convierte en traba insoportable para la agricultura, 31	
IV. LA AGRICULTURA MODERNA	35
A. Consumo y producción de carne, 35. B. Rotación de los cultivos. División del trabajo, 39. C. Las máquinas en la agricultura, 44. D. Abonos, bacterias, 55. E. La agricultura como ciencia, 60	
V. EL CARACTER CAPITALISTA DE LA AGRICULTURA MODERNA	65
A. El valor, 65. B. Plusvalía y beneficio, 70. C. La renta diferencial, 79. D. La renta absoluta, 86. E. El precio de la tierra, 93	
VI. GRANDE Y PEQUEÑA EXPLOTACION	107
A. La superioridad técnica de la gran explotación, 107. B. Sobretrabajo y subconsumo en la pequeña explotación, 124. C. Las cooperativas, 136	
VII. LOS LÍMITES DE LA AGRICULTURA CAPITALISTA	153
A. Los datos estadísticos, 153. B. La decadencia de la pequeña empresa en la industria, 163. C. La limitación del suelo, 168. D. La explotación más grande no es necesariamente la mejor, 171. E. El latifundio, 178. F. La carencia de fuerza de trabajo, 186	
VIII. LA PROLETARIZACION DE LOS CAMPESINOS	197
A. La tendencia al fraccionamiento de la tierra, 197. B. Las formas de ocupación accesoria del campesino, 210	

IX. LAS CRECIENTES DIFICULTADES DE LA AGRICULTURA PRODUCTORA DE MERCANCIAS	233
A. La renta de la tierra, 233. B. El derecho de sucesión, 237. C. Fideicomisos y "Anerbenrecht", 240. D. La explotación del campo por la ciudad, 249. E. La despoblación del campo, 257	
X. COMPETENCIA DE LOS MEDIOS DE SUBSISTENCIA DE ULTRAMAR Y LA INDUSTRIALIZACION DE LA AGRICULTURA	279
A. La industria de explotación, 279. B. Los ferrocarriles, 283. C. Los territorios en que se desarrolla la competencia de los medios de subsistencia, 287. D. La regresión de la producción de cereales, 299. E. La combinación de industria y agricultura, 310. F. Sustitución de la agricultura por la industria, 333	
XI. OJEADA AL FUTURO	349
A. Las fuerzas motrices del desarrollo, 349. B. Los elementos de la agricultura socialista, 356	
SEGUNDA PARTE: POLITICA AGRARIA SOCIALDEMOCRATA	
I. ¿NECESITA LA SOCIALDEMOCRACIA UN PROGRAMA AGRARIO?	365
A. ¡Al campo!, 365. B. Pequeños propietarios rurales y proletarios, 368. C. Lucha de clases y desarrollo social, 381. D. Nacionalización de la tierra, 386. E. Nacionalización de bosques y aguas, 394. F. El comunismo de aldea, 398	
II. LA DEFENSA DEL PROLETARIADO RURAL	407
A. Política social en la industria y en la agricultura, 407. B. El derecho de coalición, reglamento de la servidumbre, 409. C. Protección de los niños, 412. D. La escuela, 426. E. El trabajo de las mujeres, 436. F. El trabajo trashumante, 439. G. La jornada normal de trabajo. El descanso dominical, 445. H. La cuestión de la vivienda, 451. I. El arrendamiento, 458	
III. LA PROTECCION DE LA AGRICULTURA	461
A. La socialdemocracia no es la representante de los intereses empresarios, 461. B. Los privilegios feudales. La caza, 463. C. Dispersión de las parcelas, 467. D. El mejoramiento de los suelos, 471. E. La lucha contra las epidemias, 475. F. El seguro estatal, 477. G. Las sociedades cooperativas. La instrucción agraria, 483	
IV. DEFENSA DE LA POBLACION RURAL	487
A. Transformación del Estado policial en Estado civilizador, 487. B. La administración autónoma, 490. C. Militarismo, 491. D. Atribución al Estado de los gastos para escuelas, beneficencias, caminos, etc., 496. E. Gratuidad de la administración de justicia, 499. F. Los gastos del moderno Estado civilizado, 503. G. Política fiscal burguesa y política fiscal proletaria, 507. H. La neutralización del campesinado, 522	
V. LA REVOLUCION SOCIAL Y LA EXPROPIACION DE LOS TERRATENIENTES	527
A. Socialismo y pequeña empresa, 527. B. El porvenir del hogar privado, 535	

Cuando las cosas han llegado a este punto, la gran hacienda y la pequeña no se excluyen, sino que se condicionan, al igual que el *capitalista* y el *proletario*, pero el pequeño agricultor asume aquí de un modo creciente la condición de proletario.

A. LA TENDENCIA AL FRACCIONAMIENTO DE LA TIERRA

En el segundo capítulo hemos demostrado que la destrucción de la industria campesina que produce para el consumo personal obliga a procurarse un ingreso accesorio a aquellos pequeños campesinos que producían los medios de subsistencia para sí y para su familia sin ningún excedente. El pequeño campesino halla el tiempo necesario para procurárselo pues el cultivo de su predio requiere toda su fuerza de trabajo sólo en determinados períodos. Hace frente a sus necesidades de dinero vendiendo no el producto excedente sino su fuerza de trabajo excedente. Se presenta en el mercado con la misma figura del proletario que nada posee. Como propietario de tierra, como productor de medios de subsistencia, él no es personaje activo para el mercado de las mercancías, pero lo es para la propia casa a la cual está tan estrechamente ligado su predio.

Pero las leyes de la competencia no son válidas para la administración del hogar. Por grande que sea la superioridad de la administración doméstica de los latifundios, por grande que sea el despilfarro de trabajo que demanda la misma tarea en las pequeñas haciendas, no hallamos en ninguna parte rastros de una tendencia a la concentración de las administraciones domésticas, a la sustitución de un gran número de pequeñas administraciones por un número limitado de grandes.

Por cierto, la administración doméstica ha sido afectada por el desarrollo económico, pero esto se manifiesta solamente en el sentido que separa progresivamente de la administración doméstica todas las funciones que le eran propias y las transforma en ramas de producción autónomas. De tal modo, el número de tareas que se realizan en el ámbito de la administración doméstica va siendo sensiblemente reducido; mas también es limitado pro-

gresivamente el número de trabajadores que se empleaban en aquéllas. En la medida en que se comprueba un desarrollo en la dimensión de esta esfera, ello ocurre en una dirección exactamente opuesta a la de la producción de mercancías, vale decir, se realiza de la gran hacienda a la pequeña.

Hallamos grandes asociaciones de familias campesinas en la Edad Media, y todavía hoy, en los pueblos donde la agricultura ha quedado estancada en el estadio medieval, como por ejemplo entre los eslavos meridionales y orientales.

Si la explotación agrícola del pequeño campesino se sustrae a la esfera de la producción de mercancías y si constituye simplemente una parte de la administración doméstica, queda todavía fuera del radio de acción de las tendencias centralizadoras del modo de producción capitalista. Por irracional y dispendiosa que pueda ser su economía parcelaria, el campesino le es fiel como su mujer es fiel a esa administración doméstica miserable, que aun empleando el máximo gasto de fuerza de trabajo rinde resultados infinitamente mezquinos. Pero ella constituye el único campo en que esta esfera no es sometida a una voluntad extraña, en que permanece libre de toda explotación.

Pero cuanto más progresa el desarrollo económico y político tanto más aumenta la necesidad de dinero del campesino y tanto más el Estado y el municipio quieren arrancar de su bolso. Pero, al mismo tiempo, cuanto más importante es para el pequeño campesino ganar dinero, más debe éste poner en primer plano la ocupación accesoria y, por lo tanto, abandonar la agricultura. Del mismo modo que el trabajo asalariado conduce a la mujer empleada en la industria a olvidar pero no a abandonar completamente la administración del hogar, lo mismo puede decirse para el trabajo asalariado o la industria doméstica, explotada de manera capitalista, del pequeño campesino. Su hacienda agrícola es cada vez más irracional, pero a medida en que ella le resulta más grande, se ve compelido a empequeñecerla.

El campesino, entonces, halla fácilmente los compradores para las parcelas excedentes de tierra.

Allí donde predomina un vigoroso sector campesino, él regula la población. Y esta condición que le es propia, además de su mentalidad conservadora y su devoción militar, es una de las más importantes entre todas las que lo hacen precioso a los ojos de los economistas y de los políticos burgueses. Este sector se muestra siempre dispuesto a criar una numerosa descendencia; cuando

se tiene necesidad apremiante de fuerza de trabajo y de soldados, esta clase es de un valor inestimable. Pero ella también puede poner un freno al aumento de la población y esto es motivo de regocijo de los malthusianos; cuando la economía campesina es la dominante y no existen oportunidades para otras actividades fuera de ella, la misma estrechez del predio la constriñe a limitar el número de los hijos. Ello ocurre, por ejemplo, en el caso de reparto igualitario de la herencia con el "sistema de dos hijos"; o en el caso de transmisión hereditaria a un solo heredero, con la consiguiente imposibilidad para los otros hijos de lograr su independencia, de formar familia y de criar hijos legítimos y con derecho a herencia.

Muy distinta es la situación allí donde cada uno tiene numerosas ocasiones de hallar trabajo fuera de su hacienda. Con las condiciones de vida, el aumento de la población adquiere entonces un carácter más acentuadamente proletario, las ocasiones de adquirir independencia del hogar campesino son mayores, y en una tal situación cada hijo, al venir al mundo, lleva consigo el patrimonio más preciso, sus brazos. La población aumenta rápidamente y con ella la demanda de tierra no como medio de producción para la venta, sino como base del núcleo familiar. Si el aumento de los trabajos suplementarios fuera de la hacienda hace factible y aun necesario el fraccionamiento de las parcelas —permitiendo de tal modo el surgimiento de un gran número de pequeñas haciendas unas junto a las otras—, ello produce también un rápido aumento de la población, que exige el aumento numérico de estas haciendas.

En lugar de la concentración, se hace necesario el fraccionamiento. En iguales condiciones se puede llegar inclusive al fraccionamiento de las grandes haciendas.

Hemos visto en el capítulo V que el precio de los lotes de tierra que sirven a la producción capitalista de mercancías es determinado por la suma de su renta fundiaria. El precio de compra es, *grosso modo*, igual a la renta fundiaria capitalizada. El empresario capitalista no puede pagar más que ese precio, si no quiere que su beneficio descienda por debajo del nivel corriente. En general, la concurrencia no permitirá que los precios suban por encima de este nivel. Prescindimos aquí de consideraciones de naturaleza extraeconómica, las cuales, en determinadas circunstancias, hacen que los precios de las tierras superen la renta fundiaria capitalizada.

Pero el campesino que vende sus productos, que no ocupa o que ocupa solamente un escasísimo número de asalariados, que no es propiamente capitalista, sino simple productor de mercancías, calcula de otro modo. El es un trabajador; no vive, pues, del producto de su propiedad, sino del producto de su trabajo; su género de vida es el de un obrero asalariado. Tiene necesidad de la tierra como medio de ganarse la vida trabajando, y no para sacarle un beneficio o una renta fundiaria. Cuando el producto de la venta de sus mercancías le alcanza para pagar, además de sus gastos, también un salario, puede entonces vivir, puede renunciar al beneficio y a la renta fundiaria. El agricultor puede, así, si se halla al nivel de la producción simple de mercancías, pagar un determinado lote de tierra por un precio más elevado que el que podría pagar, siendo el resto de las condiciones iguales, si se hallase al nivel de la producción capitalista. Pero este modo de calcular puede, en verdad, causar al campesino dificultades muy serias, especialmente si conserva los hábitos propios de la producción simple de mercancías —de pagar por la tierra un precio excesivo—, mientras ha superado ya, aunque sea de hecho, el nivel de la producción simple de mercancías y ha llegado a la producción capitalista, no por cierto como empresario capitalista, sino como obrero explotado por el capital. Donde el campesino adquiere su tierra sin pagarla, o sin pagarla completamente, donde toma una hipoteca sobre la tierra, debe extraer de su hacienda no solamente su salario, sino también una renta fundiaria, y entonces un precio excesivo de la tierra puede ser para él más gravoso aún que para el empresario capitalista. El agricultor no tiene interés en un precio alto de la tierra sino cuando cesa de ser agricultor, vale decir, cuando vende su predio. El alto precio de la tierra lo perturba cuando inicia la gestión de su explotación y durante todo el tiempo que la trabaja, porque aumenta sus gravámenes. Pero nuestros terratenientes saben emplear, para la salvación de la agricultura en crisis solamente medios que conducen a aumentar el precio de la tierra. Estos señores, que muestran un estado de ánimo muy patriarcal, hacen un cálculo que no es el de los agricultores, sino el de los especuladores en tierras. Volveremos sobre este punto a propósito de otra cuestión.

Por completo distintas son las cosas en el caso de aquellos pequeños agricultores para los cuales la agricultura es exclusiva o preponderantemente sólo una parte de la administración doméstica y que satisfacen sus necesidades de dinero enteramente o en parte,

trabajando al servicio de otros. En tal caso, la relación entre el precio de la tierra y la producción de mercancías y, por tanto, la ley del valor, desaparece al menos para el comprador. Para el vendedor, la renta de la tierra capitalizada constituye el precio mínimo de la tierra; el comprador, en cambio, sólo se preocupa de su capacidad de compra y sobre todo de sus necesidades. Cuanto más rápidamente aumenta la población, tanto más difícil es la emigración, tanto mayor es entonces la necesidad de tener un pequeño pedazo de tierra para hacer frente a las necesidades de la vida o, por lo menos, para asegurar la independencia social, tanto mayor es el precio (o la renta) que precisa pagar por un pequeño pedazo de tierra. Al igual que el trabajo en el seno de la administración doméstica, el trabajo agrícola que se realiza para el consumo personal no es calculado como un gasto, no cuesta nada. Todo aquello que el trabajo de la tierra suministra a la administración doméstica, aparece como una ganancia neta. Es difícil calcular el valor monetario del producto y repartirlo entre el salario, el interés del capital y la renta de la tierra; en ningún caso surgirá este problema, porque el dinero no tiene importancia alguna en este tipo de hacienda.

Es un hecho harto conocido que las pequeñas propiedades son mucho más caras que las grandes. En el estudio ya citado sobre las deudas hipotecarias en Rusia (*Landw. Jahrb.*, Thiel, 1885, p. 103), Meitzen observa que el precio de la gran propiedad terrateniente es igual a 52 veces el ingreso neto del impuesto a la tierra; el precio de las tierras de campesinos es igual a 65 veces; el de las tierras de pequeños campesinos es igual a 78 veces.

Algunos entusiastas defensores de la pequeña propiedad agrícola han intentado demostrar con este aumento del precio de la tierra que la pequeña propiedad es superior a la gran explotación. Pero aun entre sus más destacados defensores no existe ninguno que sostenga seriamente la superioridad de la pequeñísima propiedad sobre la media. Aun esta superioridad debería ser evidente si el precio más alto de la tierra fuera una consecuencia de un más alto ingreso suministrado por la tierra misma.

El precio más alto de las tierras de las pequeñas propiedades rurales encuentra su similitud en la ciudad donde, como es sabido, las habitaciones son tanto más caras por metro cúbico cuanto más pequeñas sean. Después que Isidor Singer y otros han comprobado este hecho K. Bücher ha elaborado una estadística para la región

de Basilea. En esta ciudad, las habitaciones cuestan al metro cúbico:

1 habitación	4 04 francos
2 habitaciones	3 95 "
3 "	3 56 "
5 "	3 36 "
6 "	3 16 "
9 "	3 21 "
10 "	2 93 "

Es preciso atribuir estos dos fenómenos —el más alto precio de la tierra y el más alto precio de las habitaciones— a una misma causa: la situación en que se hallan quienes deben comprar pequeños lotes de tierra o pequeñas habitaciones y que pueden oponer sólo una débil resistencia a los monopolios del suelo.

Quienes atribuyen el más alto precio de la tierra de las pequeñas explotaciones rurales a su mayor rendimiento neto, deberían también atribuir el alto precio de los pequeños alojamientos al más elevado ingreso de sus habitantes.

El alto precio de la tierra de los pequeños lotes constituye naturalmente un motivo eficaz para parcelar los fundos más grandes dondequiera que exista una situación favorable para el incremento de la población y la posibilidad de obtener una ocupación accesoria fuera de la propia hacienda. El desmenuzamiento de los terrenos y el fraccionamiento de la propiedad terrateniente pueden, en estos casos, asumir grandes proporciones.

Cuanto más pequeñas son las explotaciones y, por tanto, cuanto más se busca una ocupación accesoria; y luego, cuanto más este segundo trabajo pasa a primer plano, tanto más los lotes pueden fraccionarse y tanto menos se hallan en situación de hacer frente a las necesidades de la administración doméstica. Eso ocurre con mayor razón si se tiene en cuenta que en éstas pequeñísimas propiedades la administración es completamente irracional, dado que la insuficiencia de animales de tiro y de instrumentos de labranza no permiten un cultivo racional, en particular una rotación adecuada de la tierra. La elección de los cultivos es determinada por las necesidades de la familia y no por la preocupación de conservar la fertilidad del suelo. La falta de ganado y de dinero tiene por consecuencia la falta de abonos naturales y artificiales. A todo lo cual se añade la falta de fuerzas de trabajo humanas. A medida que el trabajo que rinde un ingreso en dinero pasa a primer plano y el trabajo para la casa se convierte en un trabajo

accesorio, el primero absorbe las mejores fuerzas de trabajo de la familia, y a veces esto ocurre precisamente en el momento en que éstas serían indispensables en los campos de propiedad de la familia, por ejemplo durante la cosecha.

El trabajo en la parcela va siendo dejado de más en más en manos de la mujer, de los hijos más jóvenes y a veces de los viejos inválidos. El padre y los hijos mayores deben "ganar". El cultivo de estas pequeñísimas haciendas —que hoy no son otra cosa que un apéndice de la administración doméstica— se asemeja a la administración doméstica del proletariado, en la cual los resultados más miserables son obtenidos al precio de la mayor dispersión del trabajo y de la explotación más inhumana de la mujer de la casa.

Estas haciendas, que se van empequeñeciendo y empobreciendo progresivamente terminan por ser incapaces de hacer frente a todas las necesidades de la familia. El ingreso monetario suministrado por el trabajo accesorio no debe servir solamente para pagar los impuestos al Estado y al municipio y para comprar productos industriales y productos de la agricultura importada (café, tabaco, etc.) sino también para adquirir productos de la agricultura nacional, en particular cereales. La propiedad suministra todavía papas, repollos, leche de alguna cabra o, cuando existen buenas condiciones, de una vaca; la carne de un cerdo, huevos, etc., pero no suministra cereales sino en forma del todo insuficiente.

El número de estas haciendas no es precisamente pequeño; según la estadística de 1895 existían en el imperio alemán 5 558 317 explotaciones agrícolas, repartidas en la siguiente forma:

Inferiores a 2 hectáreas	3 236 397 haciendas	= 58 22 %
De 2 a 5 hectáreas	— 1 016 318 "	= 18 29 %

Si calculamos que las haciendas de 2 a 5 hectáreas producen, en general, cereales suficientes para el consumo, mientras que las más pequeñas deben comprarlos —y este es un cálculo generalmente aceptado—, sólo un cuarto de las explotaciones agrícolas del imperio alemán están interesadas en los derechos de aduana sobre los cereales; más de la mitad, *más de los tres cuartos de las pequeñas haciendas* están obligadas a comprar cereales y, por tanto, se perjudican con el aumento de los derechos aduaneros. Es este un argumento de gran peso contra los derechos sobre los cereales, pero es un argumento que demuestra también que la gran mayoría de la población agrícola no figura ya en el mercado *como vendedora de medios de subsistencia* sino como vendedora de fuerza de trabajo

y como compradora de medios de subsistencia. Las pequeñas haciendas dejan de hacer la competencia a las grandes explotaciones y aun las favorecen y las sostienen como hemos indicado precedentemente, suministrándoles obreros asalariados y comprándoles sus productos.

Hemos visto ya que en 1895 el 58 % de las haciendas agrícolas alemanas tenían una extensión inferior a 2 hectáreas; en otros términos, estas haciendas eran, en general, demasiado pequeñas para alimentar a sus propietarios. Esto concuerda con los datos suministrados por el censo profesional de 1895, según el cual en la agricultura propiamente dicha (sin contar la horticultura, la cría de ganado, la silvicultura y la pesca, que se vinculan con la agricultura de un modo totalmente exterior) el número de los agricultores independientes, sin otra ocupación, era de 2 026 374 y el de los agricultores independientes con una ocupación accesoria era de 504 164. Pero existían, además, 2 160 462 personas que practicaban la agricultura en forma independiente (es decir, en su propia hacienda y no como asalariados) como ocupación accesoria. El número total de las personas que practicaban una agricultura independiente en la propia hacienda, sea como ocupación principal, sea como ocupación accesoria, llega a 4 691 001 (el número de las haciendas agrícolas era en 1895 de 5 556 900); el de los agricultores independientes que practicaban también otro oficio como ocupación principal o accesoria llegaba a 2 664 626, igual al 56 %, es decir, a más de la mitad del total (confrontar también las cifras de p. 133.

	1882		1895	
	Total	Proporción del total que desarrolla la actividad principal (en %)	Total	Proporción del total que desarrolla la actividad principal (en %)
Agricultura	671 404	8 15	1 049 542	12 66
Industria	1 693 321	26 47	1 491 856	18 02
Comercio	397 927	25 34	384 104	16 43
Servicio doméstico	55 960	14 08	31 333	7 24
Ejército, oficinas estatales, profesiones liberales	142 218	13 79	115 277	8 08
Sin profesión	179 679	13 27	201 335	9 40
Total	3 140 506	16 54	3 273 456	14 28

Es de notar asimismo el rápido aumento del número de aquellos para los cuales la agricultura es la ocupación principal y que realizan un trabajo accesorio, mientras que en las otras categorías profesionales, el número de las personas activas en un ramo y que practican un oficio accesorio ha disminuido.

Donde existen siempre mayores posibilidades de hallar una ocupación accesoria fuera de la propia hacienda agrícola, la parcelación de la propiedad adquiere un desarrollo increíble y las tendencias a la concentración, que actúa en sentido contrario, son, al menos por el momento, completamente anuladas.

Bélgica nos suministra el ejemplo de un desarrollo de este carácter. Allí existían en los siguientes años:

Haciendas	1846		1866		1880	
	En total	%	En total	%	En total	%
Hasta 2 hs.	400 517	66 9	527 915	71 1	709 566	78 0
" 2-5 "	83 384	14 6	111 853	15 1	109 871	12 1
" 5-20 "	69 322	12 1	82 646	11 1	74 373	8 2
" 20-50 "	14 998	2 6	15 066	2 0	12 186	1 3
50 hs. y más	4 333	0 8	5 527	0 7	3 403	0 4
Total	527 554	100	743 007	100	909 399	100

Desde 1846 hasta 1866 todos los tipos de hacienda han aumentado en sentido absoluto, pero las haciendas más pequeñas han aumentado más rápidamente que las grandes. De 1866 a 1880 todas han disminuido, *excepto las más pequeñas*, acerca de las cuales no se puede hablar ya de agricultura independiente. Es precisamente en esta categoría de haciendas donde la disminución de la dimensión media no puede ser jamás atribuida a un mayor desarrollo del carácter intensivo de la misma hacienda y más bien al creciente fraccionamiento de la propiedad del suelo y a la generalización de las ocupaciones accesorias.

Cerca de los cuatro quintos de las haciendas agrícolas de Bélgica son *pequeñísimas explotaciones*, cuyos propietarios son impelidos a trabajar como asalariados o a buscar una ocupación accesoria y no son considerados ya como productores de medios de subsistencia para el mercado. Su número absoluto se ha casi duplicado desde 1846, mientras que el de las haciendas más grandes (superiores a las 20 hectáreas) ha disminuido desde entonces considerablemente. ¿Hallan en este tipo de desarrollo los propagandistas de la propiedad campesina algún motivo para entusiasmarse?

Pero no en todas partes el desarrollo se produce en esta dirección. El excesivo fraccionamiento de las pequeñas haciendas presupone que exista la posibilidad de obtener una ocupación accesoría fuera de la hacienda. Allí donde sólo la gran explotación ofrece esta posibilidad, el fraccionamiento halla sus límites en el momento en que comienza a obstaculizar el acceso a la ocupación suplementaria. Además, el fraccionamiento de la pequeña propiedad se transforma en un sostén de la gran explotación, como ya hemos visto. Así puede suceder que la pequeñísima y la gran hacienda se desarrollen simultáneamente, no sólo inmediatamente después de la ampliación de la superficie cultivada sino también allí donde no es ya posible. En tal caso, el fraccionamiento se produce a costa de la *hacienda media*.

Tal es el proceso que se desarrolla en Francia. Aquí, como demuestran los datos consignados en p. 155 el territorio ocupado por las explotaciones más grandes y por las más pequeñas aumenta, mientras disminuye el ocupado por las medianas haciendas.

En Alemania, esta tendencia se ha revelado bien pronto y con mayor precisión. En 1882 von Miaskowski llegó "al resultado que el aumento considerable del capital mueble, unido a otros elementos, ha conducido en nuestros días por una parte a un ensanchamiento y por otra a un fraccionamiento de la propiedad fundiaria. Estas dos tendencias, en verdad parecen excluirse recíprocamente, pero observando las cosas más de cerca esta aparente contradicción se resuelve armónicamente, pues estas tendencias opuestas o bien distribuyen en distintas épocas o bien operan en distintas zonas de Alemania, o bien, por último, pulverizan la propiedad mediana cuando confluyen en la misma época y en la misma región.

"Mientras el proceso de aglomeración se realiza sobre todo, si no exclusivamente, en el norte y en el nordeste de Alemania, el fraccionamiento de las posesiones rurales es por lo común limitado al sud y al sudeste, aunque se produzca de manera esporádica también en otras regiones.

"Estas dos tendencias opuestas, que se distribuyen en distintas regiones, tienen sin embargo *una cosa en común* y es que en un caso el ensanchamiento y en otro el fraccionamiento de la propiedad del suelo se realizan sobre todo a expensas de la *mediana propiedad*. En los dos casos, *ésta es aplastada por las dos partes*." (Op. cit., pp. 130-131.)

Hasta qué punto la grande y la pequeña propiedad se han desarrollado simultáneamente a expensas de la mediana propiedad, lo

demuestran los siguientes datos acerca de Prusia, que tomamos de Sering (*Die innere Kolonisation in östlichen Deutschland*). Los datos se refieren a las provincias orientales (Prusia, Pomerania, Brandeburgo, Posnania, Silesia) y a las de Westfalia y Sajonia, y corresponden a los años que transcurren entre 1816 y 1859:

	Han disminuido en absoluto en		Han perdido en superficie en el libre cambio con la pequeña propiedad fanegas		gran propiedad fanegas		En total fanegas	
		%		%		%		%
Provincias orientales	6 880	2 50	1 110 233	4 2	417 123	1 6	1 527 356	5 8
Westfalia	810	2 25	95 274	2 6	21 124	0 6	116 398	3 2
Sajonia	2 183	5 30	87 474	2 3	30 413	0 8	117 887	3 1
Total	9 873	2 80	1 292 981	3 7	468 660	1 4	1 761 641	5 1

De 1860 a 1864 faltan indicaciones sobre el movimiento de la propiedad fundiaria. De 1865 a 1867 el movimiento se expresaba de la manera siguiente. (Aumentaban + o disminuían -):

Provincias	Propiedades feudales		Propiedades medianas		Propiedades pequeñas	
	número fanegas		número fanegas		número fanegas	
orientales	+ 4	+ 81	- 102	- 178 746	+ 16 320	+ 167 130
Westfalia	0	+ 5 510	- 404	- 28 289	+ 1 904	+ 20 899
Sajonia	- 1	+ 8 206	- 295	- 17 889	+ 2 082	+ 13 477

Además, algunos millares de fanegas se han transformado en propiedad urbana o han sido transformadas en jardines públicos. Pero también en estos casos la mediana propiedad campesina ha pagado las consecuencias.

En estos últimos tiempos en el imperio alemán, en verdad, la mediana propiedad ha cesado de ser apremiada por el fraccionamiento. Desde 1882 hasta 1895 son precisamente las medianas propiedades de 5 a 20 hectáreas las que han ganado en extensión (560 000 hectáreas), como indica el cuadro de p. 155. Pero sería un error si de ello se dedujera la conclusión de que comienza el proceso contrario y que la hacienda campesina mediana hace retroceder a la grande y a la pequeña explotación. Llegamos a resultados muy particulares cuando separamos las haciendas cuya extensión varía

de manera sensible de aquellas que no indican ningún cambio notable. Veamos:

Haciendas	1882	1895	Aumento o disminución en absoluto en por ciento	
Hasta 1 hectárea	2 323 316	2 529 132	+ 205 816	+ 8 8
De 1-5 hectáreas	1 719 922	1 723 553	+ 3 631	+ 0 2
" 5-20 "	926 695	998 804	+ 72 199	+ 7 8
" 20-100 "	305 986	306 256	+ 270	+ 0 0
Más de 100 "	515	572	+ 57	+ 11 0
Total	5 276 344	5 558 317	+ 281 317	+ 5 3

Vemos, pues, que las haciendas cuya superficie va de 5 a 20 hectáreas han aumentado considerablemente, pero todavía han aumentado más, en porcentaje, *las más grandes y las más pequeñas*. Las haciendas medianas han aumentado apenas y aún han disminuido en relación al número total, que ha aumentado. Que hayan podido aumentar simultáneamente las más grandes, las más pequeñas y las medianas se explica, en parte, por el aumento de la superficie puesta en cultivo, en parte, por la pérdida de terreno sufrida por las haciendas de extensión mediana. La superficie utilizada por la agricultura estaba distribuida así:

Haciendas	1882	1895	Aumento o disminu	
Menos de 1 hectárea	777 958	810 641	+ 32 683	
De 1-5 hectáreas	4 238 133	4 283 787	+ 45 604	
" 5-20 "	9 158 398	9 721 875	+ 563 477	
" 20-1000 "	16 986 101	16 802 115	- 86 809	
Más de 1000 "	708 101	802 115	+ 94 014	
Total	31 868 972	32 517 941	+ 648 969	

La disminución de la superficie ocupada por las haciendas de entre 20 y 1 000 hectáreas —que, por otra parte, es compensada por el aumento de la superficie de las haciendas de más de 1 000 hectáreas— no se origina en una regresión de la gran hacienda sino en el carácter más intensivo que ella asume. Hasta la década 1870-1880 el lema de los grandes terratenientes era *¡Más tierra!* Hoy es *¡Más capital!*

Pero esto frecuentemente significa, como ya sabemos, también una disminución de tierra, excepto en el caso de los latifundios. Hemos visto más arriba (p. 52) que el número de las máquinas agrícolas de vapor existentes en Prusia se había quintuplicado des-

de 1879 hasta 1897. Por otra parte, también había aumentado notablemente en el mismo período (1882-1895) el número de empleados agrícolas que solamente la gran explotación alemana ocupa (administradores, inspectores, superintendentes, contadores, etc.), pasando de 47 465 a 76 978, lo que equivale a un 62 por ciento. Además, es preciso recordar aquí el aumento particularmente rápido de las mujeres empleadas como administradoras y contadoras: en 1882 eran 5 875, igual al 12 % del total de estos empleados; en 1895 eran ya 18 057, es decir, el 23 4 %.

Todo lo cual demuestra claramente hasta qué punto la gran explotación había asumido desde los primeros años posteriores a 1880 un carácter más intensivo y más capitalista.

La explicación de por qué, al mismo tiempo, las haciendas de los campesinos medios han ganado tanto terreno, la hallaremos en el capítulo siguiente.

Lo que aquí interesa es el hecho de que la proletarización de la población agrícola realiza en Alemania los mismos progresos que en otros países, si bien la tendencia al fraccionamiento de la propiedad mediana ha cesado de actuar. De 1882 a 1895 el número total de las explotaciones ha aumentado en 281 000 unidades; de este aumento la mayor parte se ha producido en las haciendas proletarias de menos de 1 hectárea; éstas han aumentado en 206 000 unidades.

El movimiento que sigue la agricultura es, como se ve, de un tipo absolutamente particular, absolutamente distinto al que sigue el capital industrial o el comercial. Hemos demostrado en el capítulo precedente que en la agricultura la tendencia a la concentración de la propiedad no conduce a la eliminación total de la pequeña; más aún en el caso en que esta tendencia sea muy acentuada, genera el movimiento contrario, de modo que la tendencia a la concentración y la tendencia al fraccionamiento se alternan. Comprobamos ahora que las dos tendencias pueden operar también simultáneamente: aumenta el número de las pequeñas explotaciones, cuyos propietarios comparecen en el mercado como *proletarios*, es decir, como vendedores de fuerza de trabajo, cuya propiedad fundiaria sólo tiene importancia fuera del campo de la producción mercantil, o sea en el campo de la producción para las necesidades familiares. Estos pequeños agricultores tienen, en el mercado —como vendedores de la mercancía fuerza de trabajo— los mismos intereses esenciales que el proletariado industrial, sin que la tenencia de una propiedad entrañe un antagonismo

entre ambos. La tierra que poseen los primeros los emancipa hasta cierto punto del comerciante de medios de subsistencia, pero no de la explotación del empresario capitalista, sea industrial o agrario.

Cuando se ha llegado a este punto, el aumento de las pequeñas explotaciones constituye sólo una forma particular del aumento de las familias proletarias, que se produce al mismo tiempo que el aumento de las grandes explotaciones capitalistas.

B. LAS FORMAS DE OCUPACIÓN ACCESORIA DEL CAMPESINO

La forma de ocupación accesoria que se halla más al alcance del pequeño campesino es el *trabajo asalariado agrícola*. La hallamos ya en la época feudal, cuando la desigualdad en el seno de la aldea se desarrolla al extremo que, entre las propiedades, unas devienen demasiado pequeñas para alimentar a sus propietarios y otras demasiado grandes para la fuerza de trabajo de la familia campesina.

Esta forma moderna de trabajo de los pequeños campesinos en las grandes explotaciones es análoga a los servicios feudales, que obligaban al campesino a trabajar gratuitamente durante cierto número de días al año en la hacienda del señor.

La meta más deseable para el campesino es, naturalmente, la de hallar una ocupación accesoria en el momento en que los trabajos agrícolas se interrumpen: en el invierno. Lo encuentra más fácilmente en las vecindades de los grandes bosques, que exigen en invierno numerosas fuerzas de trabajo para el corte y el transporte de la madera. Pero no existen en todas partes grandes bosques y la ocupación accesoria que ellos procuran no es siempre suficiente para satisfacer la demanda de dinero de los pequeños campesinos. Ellos deben, entonces, dirigirse hacia los trabajos más particularmente agrícolas. La demanda de trabajo de las haciendas es muy variable: en determinados momentos, en particular durante la cosecha, las fuerzas de trabajo estables de una gran explotación son insuficientes, se hace indispensable el concurso de obreros suplementarios. Los momentos en que el pequeño campesino encuentra más fácilmente una ocupación agrícola accesoria son, pues, aquellos en que él es absolutamente necesario en su hacienda. Pero desde que está constreñido a ganar dinero, abandona su predio, cuya labor, por otra parte, es ya irracional en grado sumo a causa

de la pequeña extensión y de la falta de medios. Debe entonces, dejar los trabajos agrícolas en manos de su mujer y eventualmente de sus hijos, cuando éstos han alcanzado cierta edad; sólo trabajará en su campo en los domingos y feriados.

No debe imaginarse obligatoriamente a estas haciendas, reducidas al trabajo accesorio, como muy pequeñas. Kärger informa que en Westfalia (distritos de Coesfeld, Borken, Recklingshausen, etc.) "la propiedad fundiaria, en propiedad o en arriendo (de los jornaleros libres) varía de 1 a 5 hectáreas, por lo común de 1 a 3 hectáreas. El que posee más de 5 hectáreas —un testimonio aislado dice que son más de 3 hectáreas— no trabaja ya como asalariado, vive enteramente de su hacienda. Todavía según un informe, la superficie de las propiedades pertenecientes a jornaleros de este tipo llega a las 6 hectáreas; según otro informe, hasta las 8 hectáreas. Ello depende, naturalmente, de los rendimientos de la tierra. (*Die Verhältnisse der Landarbeiter*, I, p. 126.)

El mismo autor refiere que en el distrito de Osnabrück, la hacienda de un *heuerling* comprende generalmente: "una casa-habitación que abarca edificios para el uso de la explotación, con establos para tres vacas, algunos cerdos y algunas ovejas; un huerto de 10-15 áreas, un terreno cultivado de cerca de 2 hectáreas, un prado de media hectárea, una porción de una hectárea en el prado comunal y una zona para corte de madera en el bosque de propiedad de la gobernación que va de una superficie de una hectárea y media a dos hectáreas" (*op. cit.*, p. 64).

Una hacienda con tres vacas, algunas ovejas y cerdos, puede ser considerada una explotación no despreciable. ¡Sin embargo, el propietario se ve obligado a trabajar como asalariado!

Pero no en todas partes existen grandes propiedades en los alrededores que ofrezcan la ocasión de un ingreso accesorio. Estos establecimientos, lejos de ser considerados como competitivos, son más bien ardientemente deseados.

Así lo prueba un informe a propósito del *altiplano de Eisenach*. "La constitución de una gran hacienda en razón de la reciente compra de tierras, y la proyectada fundación de una refinería de azúcar en las vecindades de Wiesenthal, no dejará de ejercer un favorable influjo sobre las condiciones de los *campesinos* de aquellos lugares. . . Un cierto número de jornaleros y de pequeños propietarios hallará una ocupación remunerativa" (*Bäuerliche Zustände. . .*, pp. 40-57).

Acerca de las tierras bajas de Eisenach, se informa que la mayoría de los pequeños propietarios de la zona poseen menos de 5 hectáreas. Su situación es poco favorable. "La gran propiedad, consistente en tierras señoriales, públicas y alodiales, no asume una importancia (12 5 % de la superficie total) como para asegurar al sector de los pequeños propietarios de tierra, empleados como jornaleros, una ocupación y un ingreso suficiente" (*op. cit.*, p. 66).

También en el gran ducado de Hesse la ausencia de grandes propiedades es indicada como causa de la gran miseria de los distritos donde predominan los pequeños campesinos. "En las localidades donde predomina el derecho hereditario *in natura* —dice el doctor Kuno Frankenstein—, en las cuales, por tanto, los lotes son divididos en tantas partes como hijos se tengan —en la medida en que lo permite la pequeñez de la propiedad— no existe una verdadera carencia de obreros, pues los numerosos pequeñísimos propietarios, que poseen apenas 5-10 fanegas y aún menos, en ciertos casos se ofrecen todos como obreros. Pero la demanda de fuerza de trabajo no es muy grande en esta zona de reducidísimas propiedades campesinas, sobre todo cuando no existe allí la gran propiedad, de modo que los propietarios de lotes tan pequeños no tienen la posibilidad de utilizar su fuerza de trabajo en la propia hacienda y tampoco como asalariados. La situación de los propietarios de estos minúsculos predios es, por todo esto, casi siempre muy mísera" (*Die Verhältnisse der Landarbeiter*, II, p. 232).

Si en el capítulo precedente hemos mostrado cómo la pequeña hacienda constituye un sostén de la grande, ahora vemos cómo la grande sirve de sostén a la pequeña.

A causa de la prolongada desnutrición, estos pequeños campesinos de Hesse se han debilitado a tal punto que finalmente son incapaces de utilizar las ocasiones que aún se presentan de trabajar como asalariados. "La gente no está en condiciones, a causa de la alimentación insuficiente, de cumplir en forma continua trabajos pesados. Así, en algunas localidades los propietarios de las grandes haciendas han debido contratar *fuerzas de trabajo fuera de la zona*, a pesar de que en esa región, los obreros agrícolas estuvieran sin trabajo".

Pero una población que ha llegado a tal punto de decaimiento que ya no está en condiciones de realizar un trabajo continuo es todavía buena para otra ocupación accesoria, a la cual el pequeño

campesino se aferra cuando el trabajo agrícola asalariado le resulta imposible: *la industria a domicilio*.

Los comienzos de la industria a domicilio se remontan a la época del feudalismo. Hemos ya demostrado, al principio de este libro, que en sus orígenes el campesino era simultáneamente agricultor e industrial. Sólo muy lentamente el desarrollo de la industria urbana lo obligó a dedicarse casi exclusivamente a la agricultura. Mas por largo tiempo continuaron realizándose en la familia campesina trabajos que requieren cierta habilidad manual. Estos trabajos se intensifican allí donde la agricultura comienza a no ser ya la fuente principal del ingreso, pero ellos no asumen todavía la forma del artesanado que trabaja para el cliente. El campesino aislado no puede entrar en competencia con el artesanado urbano, que dispone de un más vasto mercado y de todos los recursos de la ciudad. La industria rural, en cuanto producción de mercancías, puede desarrollarse solamente como producción para un capitalista, un comerciante o un comisionista, todos los cuales pueden establecer vinculaciones con un mercado alejado al que el campesino aislado no puede acceder directamente; y no puede desarrollarse sino en aquellos sectores que exigen solamente una habilidad y un utilaje simple. Tal industria domiciliaria se desarrolla sobre todo donde la materia prima está a mano: el arte de la talla en las vecindades de los bosques, la fabricación de pizarra y de tizas cerca de los depósitos de pizarra, la fabricación de cestós en las regiones ricas en aguas y favorables para la existencia de pastos, el trabajo en objetos de hierro batido en las cercanías de minas de hierro, etc. Pero la existencia de un gran número de fuerzas de trabajo desocupadas, a bajo precio, es suficiente por sí sola para que capitalistas emprendedores traten de explotarlas con la industria a domicilio, frecuentemente suministrando ellos mismos las materias primas, por ejemplo hilado de algodón o de seda para tejidos.

La industria doméstico-rural se desarrolla sobre todo en las regiones donde la tierra es muy pobre y donde, al mismo tiempo, las condiciones técnicas indispensables para la existencia de la gran explotación son absolutamente desfavorables, pero en particular allí donde obstáculos políticos se oponen o se han opuesto al desarrollo de la gran empresa agrícola. Hallamos la industria doméstico-rural en las zonas montañosas que separan Bohemia de Silesia y de Sajonia, en Turingia, en el Taunus, en la Selva Negra, pero particularmente desarrollada la encontramos en Suiza, don-

de se destaca la fabricación de relojes en la parte occidental, la elaboración de tejidos de seda en la parte central y de encajes en la parte oriental.

En los comienzos estas industrias fueron acogidas muchas veces con entusiasmo. Quienes las fundaban eran considerados como los benefactores de los pobres campesinos, a los cuales les ofrecían la oportunidad de emplear fructuosamente sus horas de ocio, sobre todo en invierno. Dado que ganaban más, podían cultivar más racionalmente su predio y así aumentar sus ingresos. Alternando el trabajo industrial con el trabajo agrícola, la población dedicada a la industria doméstica adquirió salud y fuerza, al contrario de los obreros industriales de la ciudad, y además agilidad e inteligencia, al contrario del simple campesino que se limitaba al trabajo de la tierra y dejaba de utilizar tantas horas preciosas.

Schönberg, en su *Handbuch der politischen Oekonomie* [Manual de economía política] (3ª edición, II, p. 428), llega a pintar con los tonos más rosados las ventajas de la industria a domicilio allí donde ella no es acosada por la competencia de la máquina. Toda la familia trabaja en común, "el padre puede ocuparse de la educación de los hijos y vigilar su instrucción, las mujeres pueden ocuparse de la administración doméstica y de los niños, los muchachos están bajo el control y la tutela de la familia". El tiempo de trabajo depende de la voluntad del obrero, él es absolutamente libre, y "toda su vida deviene más agradable, más feliz, más plena". "En la industria doméstico-rural, el trabajo artesano alterna con el trabajo agrícola —más sano— y se evita así la gran concentración de masas de asalariados en un solo punto, tan dañosa para los obreros como para la comunidad. Por último, la industria a domicilio permite el empleo temporario de todas las fuerzas productivas de la familia y hace posible —sin peligro para las personas y para la vida familiar— un aumento de las entradas."

Frente a estas "indiscutibles" ventajas, existen algunos inconvenientes ante los cuales ni aun Schönberg ha podido cerrar los ojos. Sin embargo, él llega a la conclusión de que "todos los inconvenientes por graves que fueren, no son en general de tal naturaleza que nieguen que la industria a domicilio no sea, desde el punto de vista de las condiciones sociales de los obreros, la mejor forma de empresa".

La realidad nos muestra, en cambio, un cuadro muy distinto aun si consideramos la industria a domicilio que todavía no ha

entrado en lucha con las máquinas de la gran industria, como la fabricación de cestos, de cigarros, de juguetes, y otras.

En primer lugar, no existe en las zonas rurales ningún tipo de trabajo accesorio que favorezca como el doméstico-artesanal el fraccionamiento de la tierra, porque ningún otro es susceptible de un desarrollo tan rápido. El número de las grandes haciendas es limitado, como lo es el de las minas, las mismas fábricas no pueden ser ampliadas a voluntad en las zonas rurales. Las posibilidades de acceder al trabajo asalariado hallan aquí límites muy determinados. Pero en la industria a domicilio las cosas son muy distintas. Ella encuentra sus límites sólo en el número de las fuerzas de trabajo disponibles; puede desenvolverse en la hacienda más pequeña, con los medios más primitivos, sin capital o con capitales insignificantes, y el capitalista no corre ningún riesgo si la desarrolla al ritmo más rápido posible cuando la situación del mercado es favorable: el capitalista no debe suministrar capital fijo, ni edificios, ni máquinas, cosas todas que dejan de tener valor cuando no son empleadas de manera productiva; no debe pagar ni renta de la tierra ni tributos de otro género que en general deben pagarse cualquiera que sea el éxito de determinado negocio. Todos estos gravámenes, que constituyen la parte más considerable del riesgo del capitalista, son soportados por los que ejercen la industria a domicilio explotados por un capitalista. Eso hace que una crisis sea más ruinososa para ellos que para los obreros de la gran industria, pues el capitalista se decide más fácilmente a reducir sus empresas en el caso de los trabajadores a domicilio, del mismo modo que las aumenta más fácilmente en los períodos favorables. Sin embargo, para el trabajador a domicilio los períodos de prosperidad suelen ser casi más ruinosos que los períodos de depresión.

El número de los matrimonios y, por consiguiente, el número de las familias aumenta y al mismo tiempo aumenta la demanda de pequeñas propiedades, porque sin ellas es imposible formar un núcleo familiar autónomo en el campo. El precio de la tierra aumenta, como aumenta su fraccionamiento; las propiedades son cada día más pequeñas, mientras que al mismo tiempo su cultivo es siempre peor, sea a consecuencia de su superficie siempre más reducida, sea porque la industria a domicilio prospera y lleva dinero al hogar cuando a ella se dedican todas las fuerzas productivas de la familia a expensas de la agricultura. Esto dura un cierto tiempo, pues a causa de esta vida sedentaria los que

se dedican a la industria doméstica dejan de tener la capacidad física de realizar un trabajo agrícola continuado. Dado que ellos no pueden cultivar racionalmente sus predios, la pequeñez de la hacienda se convierte en una necesidad física.

Las propiedades devienen tan pequeñas que no alcanzan siquiera para el mantenimiento de una vaca. La leche desaparece de la mesa y es sustituida por una infusión de achicoria; con la vaca desaparece el estiércol, además del animal de tiro para el arado. Los campos son cada vez menos productivos y, desde luego, inaptos para la producción de cereales. Además, el grano debe ser molido y horneado para que sirva de alimento. Se prefieren por ello cultivos menos exigentes y que, sobre una misma superficie, suministren productos de menor valor nutritivo pero de peso más considerable, repollo, nabos y, sobre todo, papas, productos que pueden ser llevados directamente a la cocina sin otra preparación.

De tal modo, el alimento del trabajador a domicilio se reduce a una infusión de *achicoria* y a las *papas*, sustento más apto para engañar el hambre que para suministrar las sustancias necesarias al organismo. La influencia negativa del trabajo industrial es, así, agravada por la deficiente alimentación, y la fuerza del trabajador a domicilio desciende a ese mínimo estrictamente necesario para que él pueda servirse de ambas manos.

No es menor la decadencia de su agricultura. Las pequeñas parcelas de tierra mal cultivada, mal abonada, deben suministrar el mismo producto durante todo el año. El cultivo desciende a niveles inferiores que los alcanzados por los germanos al final de las invasiones bárbaras.

Schnapper-Arndt refiere, a propósito de cinco comunas rurales del Alto Taunus, en su libro que lleva precisamente este título (p. 50): "Solamente en Selenberg parece que se han conservado residuos apreciables de cultivos a tres bandas; en las otras aldeas la necesidad no reconoce normas y en numerosos campos no se cultiva otra cosa —desde principios hasta fines de año— que papas, porque un cultivo alternado es imposible, dado que los campesinos son tan pobres en tierra como en cualquier otro recurso."

campesinos son tan pobres en tierra como en cualquier otro
468 familias no poseían ninguna y 117 sólo poseían una.

La decadencia económica acompaña a la ruina física de la tierra y de los hombres. El progreso técnico es posible solamente

en una medida mínima en la industria a domicilio. Quienes la ejercen, no pueden enfrentar la competencia entre ellos mismos, como la enfrentan los capitalistas que los explotan, salvo sometándose a un esfuerzo más intenso y disminuyendo su retribución. Este tipo de competencia es facilitado por el aislamiento en que se hallan los que ejercen la industria a domicilio, por su dispersión en vastas superficies, todo lo cual hace casi imposible su organización; por la falta de otras posibilidades de ingresos en la misma región, por los vínculos que los ligan a la tierra y que le impiden sustraerse a una explotación intensa. Los trabajadores a domicilio se hallan completamente vinculados al comisionista. Incluso en los períodos de desocupación más prolongados no logran sustraerse a esta vinculación. Y es así cómo hallamos en la industria a domicilio explotada de un modo capitalista el tiempo de trabajo más prolongado y más extenuante, la remuneración más miserable por el trabajo entregado, la mayor explotación del trabajo de las mujeres y de los niños, las condiciones de trabajo y de habitación más miserables; en una palabra, la situación más repugnante que nuestro modo de producción pueda ostentar. Es el sistema más infame de explotación capitalista y la forma más degradante de la proletarización de los campesinos. Todas las tentativas de favorecer el desenvolvimiento de una población de pequeños campesinos incapaces de asegurar su propia existencia con un trabajo puramente agrícola, deben tener como resultado, después de un mejoramiento de muy breve duración y muy problemático, la decadencia más profunda y la miseria más desesperada. Es necesario, pues, combatir las decididamente.

Por suerte, la industria a domicilio es sólo una fase del paso hacia la gran industria. Tardé o temprano, para la industria a domicilio suena la hora en que la máquina la torna superflua, y esta hora suena tanto más pronto cuanto más rápidamente la industria a domicilio se desarrolla y se especializa y cuanto más lejos lleva la división del trabajo.

Esta hora, sin embargo, no es todavía la hora de la liberación de los trabajadores a domicilio, antes bien es la iniciación de la fase más dolorosa de su calvario. Todavía es necesario someter a la fuerza de trabajo a un esfuerzo aún más intenso y desmesurado, o reducir aún más las necesidades vitales, hacer sufrir aún más a la familia para no quedar muy atrás en la lucha contra

la máquina. Y a menudo esta carrera desastrosa dura hasta que, superado al fin, el hombre cae sin aliento.

Es gracias a su hacienda agrícola, que aquel que practica la industria a domicilio, puede prolongar por un largo período esta carrera desesperada.

Allí donde no sirve a la producción de mercancías sino a las necesidades de la familia, la hacienda agrícola no sucumbe frente a la competencia, pero constituye un elemento conservador que mantiene en una apariencia de vida, todas las supervivencias del pasado. Es ella la que prolonga indefinidamente la agonía de la industria a domicilio, es ella la que impide morir al tejedor manual que ya no podía vivir más hace medio siglo.

"Las razones por las cuales, no obstante las continuas convulsiones de este ramo de la industria (el tejido a mano en la Bohemia septentrional), el número de las personas que lo practican se ha mantenido inalterado, debe buscarse sobre todo en el hecho de que la mayoría de los tejedores poseían un trozo de tierra que les permitía, en los períodos durante los cuales los negocios no andaban bien, completar la ganancia que obtenían de su industria y que, en los momentos de estancamiento, servía al menos como medio para superar, siquiera sea en la estrechez, el período agudo de la crisis." (A. Braf, *Studien über nordböhmische Arbeiterverhältnisse* [Estudio sobre las condiciones de los obreros de Bohemia septentrional] p. 123.)

A pesar de todo, la industria doméstica rural en estos últimos años ha registrado un agudo receso allí donde la industria ha penetrado en el campo, no para hacer la competencia a los trabajadores de la industria a domicilio, sino para abrirles nuevas posibilidades de beneficio. La gran industria tiene necesidad, para desarrollarse, de una masa de trabajadores pobres para poder emplearlos y de la vecindad de un gran mercado. Esto ocurre sobre todo en los grandes centros comerciales. Una vez que se ha desarrollado, la gran industria atrae nuevas masas de trabajadores y favorece los intercambios entre la localidad en que ella se desarrolla y las otras. La tendencia de la gran industria capitalista es, pues, la de una concentración progresiva de la masa de la población y de la vida económica en las grandes ciudades.

Pero existe toda una serie de factores que influyen para que la corriente de la gran industria en desarrollo no se limite solamente a la ciudad y mande algunos arroyuelos a fecundar a la

campaña. De estos factores, algunos son de carácter natural, otros de carácter social.

Entre los primeros, cabe computar ante todo la demanda creciente de materias primas y auxiliares que siempre acompaña al desarrollo de la gran industria. Estas materias primas no pueden ser producidas en la ciudad sino sólo en el campo y, dado que son consumidas en masa, deben ser producidas también en masa por grandes empresas. De éstas, las *minerías* ocupan el primer lugar. El desarrollo de la minería es un potente medio para revolucionar la situación del campo.

Hay, por otra parte, un gran interés por transformar las materias primas en las proximidades de los lugares de su producción, sobre todo aquellas que tienen un peso considerado en relación a su valor y que no soportan el transporte a larga distancia. De tal modo hacen su aparición en las campañas las plantas metalúrgicas, las fábricas de ladrillos, los ingenios de azúcar, etcétera.

Por último, el agua, que puede dar una gran fuerza motriz, fácilmente transportable, atrae muchas veces a los valles remotos a numerosas plantas industriales.

A todo ello se agregan razones de carácter social. En la ciudad, el nivel de vida es más alto que en el campo y, para un nivel de vida igual, los gastos de mantenimiento de la fuerza de trabajo son más altos a causa de la carestía de la renta de las habitaciones, de los gastos de transporte de los medios de subsistencia, de la falta de una propiedad cultivada por el obrero. Precisamente por esto los salarios en moneda deben ser más altos en la ciudad que en el campo.

Pero a todo ello se añade la concentración de masas de obreros en un espacio restringido: esto hace más fácil su entendimiento, su organización y más difícil su vigilancia; más difíciles también las medidas de represalia. Dadas las numerosas posibilidades de empleo, el hombre contra el cual se han tomado medidas tiene siempre perspectivas de trabajo. Las cosas son del todo distintas en el campo. Los trabajadores, aquí, tienen menor capacidad para resistir al capital, son más sumisos y menos exigentes. Esto impulsa a los grandes industriales a transferir sus empresas a la campaña y, si hallan en el campo la fuerza de trabajo apropiada —cosa que ocurre, con gran pesar suyo, sólo esporádicamente— y subsisten todas las otras condiciones que permiten a una empresa prosperar, ellos lo hacen con tanto mayor

satisfacción cuanto más el movimiento obrero se desarrolla en las ciudades.

Este desplazamiento de las grandes industrias a la campaña se acelera a medida que se desarrollan los medios de comunicación: canales, ferrocarriles, telégrafos. Se hace así mucho más fácil permanecer en estrecho contacto con los grandes mercados. Por otra parte, el mismo surgimiento de estas grandes empresas en la campaña constituye un poderoso estímulo para el desarrollo de los medios de comunicación modernos, y su instalación, su mantenimiento, su manejo, ofrecen a la población del campo numerosas posibilidades de empleo.

Al principio, los resultados son, para los pequeños campesinos y para sus tierras, apenas mejores de lo que eran bajo el régimen de la industria a domicilio. Las empresas más grandes, que producen medios de subsistencia para la venta, les traen ciertamente un mejoramiento, al menos por el hecho de que el mercado de salida para sus mercancías se amplía extraordinariamente y viene a instalarse en la vecindad inmediata. Pero esta ventaja es, la mayor parte de las veces, neutralizada por la escasez de obreros, que son acaparados por la industria misma. Este problema será nuevamente tratado en otro capítulo.

Pero todos los agricultores, grandes y pequeños, sufren por el aumento del precio de la tierra. La gran industria provoca un rápido incremento de la población, no sólo, como la industria a domicilio, porque los matrimonios y la formación de los núcleos familiares son más fáciles, sino también porque son atraídas fuerzas de trabajo del exterior, pues una gran empresa capitalista que se establece en la campaña raramente puede contentarse con las fuerzas de trabajo que le suministra la zona circundante. Las habitaciones y los lotes de tierra son más buscados y su precio sube en consecuencia. Pero cuanto más alto es el precio de la tierra, tanto más limitados son —a igualdad de todas las otras condiciones— los medios que le restan al comprador campesino para instalar su hacienda, tanto más mísero será su utilaje. Volveremos sobre este punto en el próximo capítulo.

A todo ello se agrega que la gran industria absorbe al trabajador de una manera bien distinta a la de la industria a domicilio. Ésta permite muchas veces a toda la familia interrumpir temporariamente el trabajo industrial para dedicarse a la agricultura, por ejemplo, durante el período de cosecha. Ciertamente, no siempre es así. En muchas industrias a domicilio la esta-

ción durante la cual el trabajo es más acuciante coincide con los trabajos agrícolas más urgentes. "Es precisamente en el período más activo de la cosecha, durante el cual la jornada del campesino es a veces de 20 horas de trabajo por 4 de reposo, que aquellos que trabajan en la fabricación de juguetes tienen más tarea y no hallan un momento de libertad para los trabajos más indispensables en el campo." (E. Sax, *Die Hausindustrie in Turiengen* [La industria a domicilio en Turingia], I, p. 48.)

Cuando llega el caso, la industria a domicilio y la agricultura se separan, su unión en las mismas manos se hace imposible. Pero ésta no es, desde luego, la regla.

Muy distintamente ocurren las cosas en las grandes empresas industriales. Ya la gran masa de capital fijo invertida y que se gasta improductivamente si no es empleada, impulsa al inversor a evitar en lo posible cualquier interrupción del proceso productivo. Sólo algunas grandes empresas industriales trabajan nada más que una parte del año y precisamente en las estaciones en que el trabajo agrícola se paraliza y no urge. Tales son, por ejemplo, las *refinerías de azúcar*, cuya "campaña" comienza sólo en otoño, después de la cosecha de la remolacha, y dura todo el invierno, cerca de 4 meses. Aquí sí el trabajo se acelera al máximo, pues la remolacha se deteriora fácilmente con la llegada de la primavera. El trabajo en las refinerías no quita, pues, a los trabajadores agrícolas y a los pequeños campesinos el tiempo de trabajo necesario para la agricultura.

También el trabajo en las *minas de carbón* es compatible, en ciertos casos, con el trabajo agrícola. La demanda de carbón es más activa en invierno; por otra parte, el sistema de las cuadrillas de noche deja a una parte de los mineros "libre" todo el día. Ellos deberían dedicar todo este tiempo al reposo, pero con frecuencia lo emplean en trabajos agrícolas. Ello ocurre, sin duda, por el desenfreno que suscita en ellos los opulentos salarios que perciben y por desprenderse de ese exceso de fuerza que no han podido gastar en el muy breve tiempo en que han trabajado en la mina...

Kärger refiere lo siguiente: "En el distrito de Recklingshausen el trabajo agrícola y el trabajo no agrícola se alternan; trabajadores libres que poseen tierra trabajan muchas veces desde la iniciación de la cosecha hasta fin de noviembre en su tierra, y el resto del tiempo en la mina". (*Verhältnisse der Landarbeiter* . . . , I, p. 124.)

En las zonas mineras de Gelsenkirchen, Bochum, Dortmund, los trabajadores agrícolas que poseían tierra han desaparecido prácticamente. "Se encuentran a menudo ocupados asalariados jornaleros sin ningún pedazo de tierra, pero son en su mayor parte mineros que, dado el *breve tiempo de trabajo* en la mina hallan *tiempo suficiente* para dedicar cada día algunas horas al trabajo agrícola, sobre todo si tienen el turno de noche o han alquilado habitación en casa de campesinos obligándose a ayudarlos durante la cosecha, o bien, a cambio de la misma obligación, han tomado en arriendo un lote de tierra para sembrar papas; otros, en fin, trabajan la tierra porque no tienen ya fuerzas suficientes para trabajar en las minas... Se refiere el caso, por completo, aislado, de asalariados que obtienen un rédito de su propia hacienda, cultivando por su propia cuenta, pero no son sino mineros que además realizan trabajos agrícolas. Éstos toman en arriendo una casita con un pequeño jardín, alimentan una o dos cabras y consiguen de tanto en tanto el permiso para plantar en la tierra del propietario tantas papas como pueden abonar" (*op. cit.*, p. 132).

He aquí ahora un ejemplo sacado de la cuenca carbonífera oriental, de la Silesia: "En los distritos carboníferos e industriales se comprueba muy a menudo que operarios agrícolas buscan trabajo temporario en las minas de carbón y en la industria, sobre todo en la edilia, pero también en las fábricas, y que retornan a los campos para la cosecha. Ello ocurre sobre todo en el caso de los pequeños propietarios" (*op. cit.*, II, p. 502).

En ciertos casos, el trabajo de las minas puede resultar un fuerte apoyo para la hacienda campesina. "La mezcla de distintos lotes de tierra —se lee en un informe de Westfalia— ejerce una acción muy dañosa sobre la propiedad campesina allí donde el propietario debe vivir de su trozo de tierra. Donde los campesinos hallan un importante ingreso suplementario de las minas y de los ferrocarriles (y este es el caso del 80 % de los habitantes del distrito de Siegen) el daño no se deja sentir" (*Bäuerliche Zustände...*, II, p. 8).

Pero si en ciertas ramas de la industria es permitido o bien es posible un trabajo estacional, en general el trabajo de la gran industria ocupa al obrero sin interrupción durante todo el año.

Pero ella no ocupa, como la industria a domicilio, a toda la familia del obrero. La ley prohíbe ahora explotar a los niños menores de 14 años. El empleo del ama de casa en la gran indus-

tria es más difícil que en la industria a domicilio. En este caso, ella no tiene necesidad de abandonar la cocina, mientras que en el primero es constreñida a hacerlo. Ella está dispuesta a participar en el trabajo de la industria a domicilio, pues sufre mucho antes de decidirse a dejar sus hijos y su casa y esto ocurre con más frecuencia en la campaña que en la ciudad, dado que la administración del hogar tiene aquí una importancia mayor y sus funciones no han sido reducidas por las cocinas populares, por los asilos, los jardines de infantes, etcétera.

Es preciso añadir los inválidos a estas fuerzas de trabajo que, bajo el régimen de la gran industria se dedican todavía a la administración de la casa y de la hacienda agrícola. La industria a domicilio puede utilizar cualquier fuerza de trabajo, aun la más débil, pero la gran industria exige un tal esfuerzo a sus obreros que en general emplea solamente a aquellos que están en la flor de la edad y los desgasta rápidamente. En el campo, el trabajo en la pequeñísima hacienda de la familia es la ocupación más indicada para la numerosa clase de los inválidos del trabajo creados por la gran industria.

Al igual que la industria a domicilio, si bien de modo distinto, la gran industria arruina a las fuerzas de trabajo que están al servicio de la pequeña hacienda agrícola, al mismo tiempo que disminuye la extensión de la hacienda, por lo tanto, empeora su gestión.

Hallamos, por otra parte, que el capital de la gran industria invertido en la campaña, así como el de la industria a domicilio, no choca, en general y por las mismas razones, casi con ninguna resistencia de parte de los obreros y lleva al extremo su explotación y su degradación.

Kerken, en su importante libro sobre la industria del algodón en la Alta Alsacia y sus obreros, nos presenta un cuadro típico de esta gran industria rural. Por mala que pueda ser la situación de Mülhausen que allí se describe, en las fábricas textiles situadas en el campo ella es aún peor. "El tiempo de trabajo es allí más prolongado; el mismo K. Grad habla de 13-14 horas"; el trabajo nocturno aun de jóvenes obreros es cosa muy común. "Los jóvenes obreros están expuestos aquí, desde el punto de vista moral, a los mismos peligros que en Mülhausen. El sistema de las multas y de las retenciones sobre el salario domina igualmente en todas partes y muchas veces estas multas son agravadas todavía por el estado de extrema dependencia en que se halla

el obrero. En la mayor parte de las localidades del distrito industrial, la fábrica es el único lugar donde se puede hallar trabajo. Además, el obrero del campo está habitualmente ligado a la tierra por la posesión de un pequeño lote, que allá se denomina *Krüter* y que es cultivado por la mujer y por sus padres. De la posibilidad para el obrero de influir sobre la relación de trabajo no hay necesidad de hablar.

"Los salarios son, término medio, un tercio inferiores a los de Mülhausen, diferencia que supera aun a la que existe entre los precios de los artículos de primera necesidad, de modo que el nivel de vida es aún más bajo... En la alimentación predominan las papas, y la carne se consume, en el mejor de los casos, el domingo. El consumo de aguardiente es mucho mayor que en Mülhausen. Existe, se dice, una aldea industrial de los Vosgos donde 800 habitantes consumen 300 hectólitros al año."

La situación de los obreros es agravada, además, por el llamado *trucksystem*, equivalente al pago de salarios en mercaderías.

"Al más bajo nivel de vida corresponde un mayor decaimiento físico... el médico titular (en el distrito de Thann) escribe: en las aldeas industriales donde todos trabajan en las fábricas desde la juventud, casi todos los conscriptos eran inaptos para el servicio militar, y nosotros creemos que si las cosas siguen así, se podrá evitar el envío de una comisión de reclutamiento a estas aldeas..."

"No obstante su escasa capacidad física, la población es extraordinariamente laboriosa... Los viejos que no trabajan más en la fábrica se ocupan ahora del cultivo del lotecillo que se hace más difícil por la posición geográfica de los *Krüter*" (pp. 349-352).

Por oscuro que resulte este cuadro, es todavía más optimista que el de la industria a domicilio. Los niños están excluidos del trabajo en las fábricas; el proceso de producción se realiza, si no al aire libre como en la agricultura, por lo menos fuera de las estrechas habitaciones, en vastos establecimientos cuyas condiciones de higiene, por más que puedan aparecer deficientes, son infinitamente superiores a las de los tugurios en que viven los trabajadores a domicilio. Y precisamente porque el obrero de fábrica no es "libre", porque su trabajo es regulado en la misma forma para todos, este trabajo se mueve dentro de límites más estrechos que los del trabajo a domicilio, y es, por tanto, más controlable y limitable legalmente. Además, la fábrica unifica a las fuerzas de trabajo dispersas, facilita su comunicación recí-

proca, vincula más estrechamente la aldea de la fábrica al mundo exterior, desarrolla los medios de comunicación y hace venir a la aldea las fuerzas de trabajo más evolucionadas de la ciudad. La fábrica constituye, así, un medio de vincular una parte de la población rural al proletariado urbano, de despertar en aquélla, poco a poco, el interés y la comprensión hacia la lucha de emancipación que libra la clase obrera y, en fin, de inducirla a participar activamente en esta lucha cuando las circunstancias sean favorables.

La fábrica situada en la campaña aumenta así las filas del proletariado sin expropiar a los pequeños agricultores, sin arrancarlos de la tierra. Al contrario, ella ofrece a los pequeños propietarios que van hacia la bancarrota los medios para mantener su propiedad y ofrece también a los que carecen de ella los medios para adquirir o tomar en arriendo una pequeña hacienda agrícola.

Los tres tipos de ocupación accesoria de los pequeños campesinos que hemos examinado aquí no se excluyen unos a otros. Ellos pueden existir —y en realidad existen— unos junto a otros. Según un informe, "para los habitantes del altiplano de Eisenach, en particular para los pequeños campesinos de las localidades más pobres, que poseen un pequeño trozo de tierra, la industria a domicilio, como recurso suplementario, es de grandísima importancia. Entre estas industrias a domicilio, es necesario recordar la fabricación de tapices, de cintas y de fieltros, el trenzado del cueró, la fabricación de zapatos, de escobas, el arte del tallado (hornillos de pipa). Estas industrias aseguran a una familia un ingreso suplementario de uno, dos o tres marcos y a menudo se ocupan en ellas campesinos que poseen hasta 8-9 hectáreas...; por otra parte, el trabajo de la madera y el corte de árboles, el transporte de la madera y el trabajo del basalto, que allí se da en gran cantidad, procuran ingresos suficientes, sobre todo en los períodos en que no se realizan trabajos agrícolas" (*Bäuerliche Zustände...*, pp. 50-51).

Como ejemplo de las condiciones en el sur, citamos el informe de A. Heitz sobre la situación de los campesinos de los distritos de Stuttgart, Böblingen y Herrenberg: "Sería erróneo suponer que el trabajo agrícola asegura un ingreso suficiente a la numerosa población rural. Ésta debe contar, sobre todo en los dos distritos occidentales, con las múltiples ocasiones de obtener un ingreso suplementario. Es preciso ante todo recordar el bosque,

que ocupa un cierto contingente de obreros estables y muchas personas temporariamente... Sería particularmente instructivo determinar las condiciones de la *industria a domicilio*, la tejeduría y la puntillería. Al lado surge una *gran industria*. En el curso de los últimos años surgieron algunos grandes establecimientos, han sido ampliados los viejos y se multiplican los pequeños inversores que esperan la ocasión para atrapar los trabajos peor pagados... Otro factor está constituido por el *pequeño comercio* de leche, huevos, aves y algunos productos artesanales. En fin, entre las localidades que suministran jornaleros fuera de los suburbios inmediatos a Stuttgart se puede citar a Möhringen, Bonlanden, Plattenhardt, Vaihingen, Röhr, Musberg, Birkach, mientras que de Ruitli, de Heumaden, Kemnath, Scharnhausen, y hasta de Plieningen, muchos obreros se trasladan a las hilanderías de Esslingen".

Pero no se hallan siempre numerosas ocasiones de trabajo suplementario y no siempre alcanzan para satisfacer la necesidad de dinero de los pequeños campesinos. Cuando el ingreso accesorio no le es ofrecido al campesino, a éste no le resta otro recurso que marchar a buscarlo, aun a costa de separarse temporariamente de su tierra. Cuanto más se desarrollan los medios de comunicación modernos, cuanto más los ferrocarriles facilitan los transportes, y cuanto más los correos y los periódicos suministran información sobre la situación en el exterior, tanto más fácilmente el campesino se decide a dejar su aldea, al menos temporariamente, y aun se atreve a aventurarse más lejos. Una parte de la familia del pequeño campesino —naturalmente, la que tiene mayor capacidad de trabajo— va y viene periódicamente para procurarse la alimentación y para ganar además un poco de dinero para toda la familia. Es solamente esta forma de emigración temporaria y no la permanente la que aquí nos interesa, pues en esta parte no estudiamos las formas de proletarización del campesino, sino aquellas mucho más importantes en las que el campesino conserva las características exteriores que ha tenido hasta ahora, pero que comienza a asumir las funciones del proletariado.

El campesino que emigra está naturalmente dispuesto a ocuparse sobre todo de trabajos agrícolas, y no faltan las localidades en que la población no satisface la demanda de trabajo agrícola asalariado. Hemos observado ya en el capítulo precedente la escasez de obreros en las zonas en que predomina la gran hacienda; veremos que ella no deja de afectar a las haciendas campesinas

de una cierta extensión. Se buscan obreros agrícolas emigrantes en las regiones más diversas de Alemania, sea para el verano, sea simplemente para el período de la cosecha. Ellos hallan trabajo no sólo al Este del Elba, sino también en las provincias renanas, en Baviera, en el Württemberg, en el Schleswig-Holstein.

Citamos como ejemplo los desplazamientos que se comprueban en Baviera. "Aquí son frecuentes los intercambios de fuerzas de trabajo entre las zonas de cereales y las zonas de lúpulo, de tal modo que desde las zonas cultivadas con lúpulo se envían obreros para la cosecha a las zonas de cereales, y viceversa. Además, se pueden establecer, sobre la base de informes particulares, las siguientes corrientes migratorias de obreros agrícolas: la *Alta Baviera* recibe obreros durante el verano, sobre todo de los bosques bávaros, pero en cambio ella envía obreros de las regiones en que la cosecha se realiza temprano a Suabia. En *Suabia* se realiza un intercambio entre la zona alta y la zona baja; el Tirol envía, además, gran número de muchachos como pastores. La *Baja Baviera* se provee, muchas veces, de obreros en los bosques bávaros y en Bohemia y envía obreros —por cerca de seis semanas en la época de cosecha— del distrito de Wilshofen al de Ostenhofen y del distrito de Straubing a la zona del lúpulo para la cosecha de este producto. Obreros parten del distrito de Weiden, en el *Alto Palatinado*, hacia la Alta y Baja Baviera para la cosecha de granos y para la del lúpulo. El distrito de Beustadt sobre el Aisch envía obreros para la cosecha a la zona del lúpulo, los distritos de Beumark y de Stadthof hacen venir de las zonas orientales del Alto Palatinado, de los bosques bávaros y de Bohemia gran número de obreros, y a veces también niños, para las cosechas de lúpulo y de papas. La *Alta Franconia* envía especialmente obreros del distrito de Bayreuth a Turingia y a Sajonia y hace venir de las regiones montañosas, donde el grano madura más tarde, mujeres y niños para la cosecha del trigo. En la *Franconia Media* se realiza un gran intercambio de fuerzas de trabajo entre las zonas de grano y las de lúpulo. El distrito de Hersbruck hace venir del Alto Palatinado y de Bohemia gran número de hombres y mujeres para la cosecha del lúpulo. En la *Baja Franconia*, las zonas de Ochsenfurt y de Schweinfurt hacen venir, para toda la duración de la cosecha de granos y de papas, hombres y mujeres del Rhön, del Spessart y del Odenwald; en las grandes propiedades cultivadas con remolacha azucarera, se contratan obreros polacos que son ocupados hasta el otoño. En el *Palatinado renano*,

sobre el altiplano de Sickingen, se traen obreros para todo el período de la cosecha de papas, sobre todo de la zona septentrional del distrito de Homburg, de las llamadas *aldeas de los músicos*, pero al mismo tiempo se suministran obreros a las regiones de Worms y de Osthofen; y, en otoño, por un período de seis semanas, se envían obreros a los pueblos del municipio de Saarbrücken para los trabajos de trilla. Grandes propietarios contratan, para los meses de abril a noviembre, obreros de Prusia oriental" (*Verhältnisse der Landarbeiter...*, II, pp. 151-152).

La descripción podría prolongarse al infinito para todas las regiones de Alemania.

Vastas proporciones ha asumido la emigración de *obreros italianos* que durante el verano trabajan en Europa y en el invierno (que corresponde al verano en el hemisferio meridional) van a la Argentina para los trabajos del campo. Proporciones aún más vastas alcanza la emigración de *chinos*, que marchan no ya por una estación sino por algunos años a los Estados Unidos, al Canadá, a México, a las Indias Occidentales, a Australia y a la península del Sonda. Éstos han llegado incluso al África meridional y realizan así el ideal del obrero alemán nómada, codiciado por nuestros terratenientes.

Pero la emigración obrera no se limita a la agricultura: la gran industria, las ciudades, el comercio en continuo desarrollo ofrecen a los trabajadores una ocupación mejor retribuida; en parte ofrecen, al igual que en la agricultura, un trabajo estacional, que aquí, desafortunadamente para los agricultores, se realiza en el verano, por ejemplo en las construcciones ferroviarias, en las instalaciones, en las canalizaciones, en las construcciones urbanas de toda índole; además ofrecen trabajos de mayor duración, como domésticos, jornaleros, cocheros, etcétera.

Muchas regiones han dado vida a una emigración especializada. Por ejemplo, Kuno Frankenstein refiere lo siguiente a propósito de la circunscripción de Weisbaden: "La circunscripción occidental de Dill y el resto del segundo distrito, el de Westerwald y la parte noroccidental del distrito de Oberlahn confinante con el de Westerwald, tienen un gran excedente de fuerzas de trabajo; por ello, de estas zonas muchos obreros van hacia los distritos industriales del Rin, donde permanecen desde la primavera hasta el invierno, mientras otras se dedican a vendedores ambulantes". Con respecto a esta *Lundgängerei*, que poco a poco ha tomado gran desarrollo, un informe proveniente de la circunscripción de

Unterwesterwald nos da la siguiente y significativa información: "En primavera las aldeas son recorridas por los *Landgänger* (vendedores ambulantes que reclutan entre los jóvenes maduros de ambos sexos aquellos que necesitan para su tráfico. En febrero parten con ellos en diversas direcciones: Holanda, Suiza, Polonia, Sajonia, etc. Los individuos así reclutados reciben, en un centro principal como Leipzig, las mercaderías que deben vender a un precio determinado y luego consignan a sus patrones el producto de las ventas. Como salario reciben, según la habilidad que demuestren en la venta, de 300 a 400 marcos por año, y el reembolso de su alimentación. Por lo general regresan a sus hogares para Navidad con una buena cantidad de dinero contante.

"Se ha observado, desde hace ya tiempo, que en las localidades en que son reclutados estos mercaderes ambulantes en cierta cantidad, la situación agrícola mejora poco a poco, pues el salario de los muchachos es entregado a los padres y empleado en el interés común. Esto contribuye a dar a la hacienda una mejor dirección, a adquirir algunas cabezas de ganado, vacas especialmente, abonos artificiales para mejorar los cultivos, a ampliar la propiedad; a veces se invierte una parte en la caja de ahorros.

"En numerosas localidades el número de los individuos dedicados a esas tareas es tan considerable que en la aldea natal sólo quedan las fuerzas de trabajo indispensables. Desde el punto de vista financiero, esta emigración de vendedores ambulantes presenta ventajas, pero desde el punto de vista moral ella tiene, sobre todo para las mujeres que realizan esta actividad, sus lados negativos" (*op. cit.*, II, p. 27).

"Las aldeas pobres de la montaña del Palatinado mandan al exterior, de muy buena gana, en calidad de músicos a los obreros que sobran. La tierra, compuesta sobre todo de la arenisca de los Vosgos, es poco fértil; los agricultores que poseen propiedades de 3 ó 4 hectáreas se hallan en una situación muy mísera y son impulsados a procurarse una entrada suplementaria con un trabajo accesorio. En tales pueblos el patrón es constreñido a buscar un ingreso en otras aldeas y emigra entonces como músico o como albañil, muchas veces como doméstico. Los músicos son, en general, ahorrativos y envían con frecuencia a sus familias dinero suficiente para que ellas puedan vivir sin preocupaciones y lleguen a estar en condiciones de comprar, poco a poco, *una pequeña propiedad*. La situación de los albañiles por lo general es bastante favorable; los domésticos son los que menos ahorran trabajando en el exterior" (*op. cit.*, II, p. 193).

Los trabajadores temporarios regresan a sus hogares con regularidad y destinan sus ahorros a su pequeña hacienda. Y es por ello que aquí, en la ciudad como en la campaña, en la agricultura como en la industria, la gran empresa da nuevas fuerzas a la pequeña hacienda. Por lo demás, concurren a fortalecerla los ahorros de la gente que ha salido de sus aldeas por largo tiempo. Éstos, en su mayor parte solteros, no retornan todos. Muchos se establecen definitivamente en el nuevo centro de actividad; no obstante, gran número de ellos envía a sus casas los ahorros para sostener a la familia que no puede vivir de su pequeño pedio. Se dice que en Irlanda los arriendos de los pequeños arrendatarios son pagados con los ahorros de las mujeres irlandesas que van a trabajar en el servicio doméstico en los Estados Unidos, y lo mismo ocurre con el pago de los impuestos rurales de nuestros campesinos alemanes. Sin embargo, a pesar de la miseria del campo, muchos regresan a la tierra donde nacieron; regresan para casarse o para heredar, para recobrar la pequeña propiedad paterna, y traen consigo sus ahorros que mantienen por un tiempo más esa explotación amenazada por la ruina y permiten a más de una pequeñísima hacienda la compra de nuevas tierras, de una vaca, la reparación de una choza en ruinas.

Para los países donde emigran, estos obreros constituyen un obstáculo al progreso, pues dado que provienen de países menos ricos y atrasados desde el punto de vista económico, son menos exigentes, y la mayor parte de las veces más ignorantes y dispuestos a someterse. Tienen menor capacidad de resistencia porque se hallan en un país extraño, sin ningún apoyo de la población, la cual muchas veces mira con hostilidad a estos intrusos, cuyo idioma no entiende. A menudo son ellos los que hacen bajar los salarios, rompen las huelgas y más difícilmente entran en los sindicatos. Pero estos mismos elementos que obstaculizan el progreso en los países donde llegan, se convierten en activísimos agentes del progreso de los países de donde provienen y donde retornan. Por simple contraste con el nuevo ambiente, no pueden sustraerse completamente a su influencia: adquieren nuevas necesidades, nuevas ideas, las cuales, por más elementales que puedan ser para la nueva patria, son subversivas y revolucionarias en el viejo ambiente. Los mismos elementos que aquí aparecen como siervos sometidos a la explotación y a la opresión, se transforman allá en alborotadores que azitan el descontento y el odio de clase.

"La ampliación del horizonte intelectual —se lamentó Kärger—, la mayor movilidad y vivacidad de espíritu que los obreros agrí-

colas emigrados adquieren en el extranjero, con frecuencia provoca una profunda disminución del respeto hacia la autoridad constituida. Los individuos se vuelven descarados, insolentes, arrogantes, orgullosos y contribuyen con su ejemplo al debilitamiento de aquellas relaciones patriarcales entre obreros y patrones que todavía existen en la mayor parte de las propiedades del Este y que están en perfecta armonía con la situación económica y social" (*Die Sachsengägerei* [La emigración de los obreros agrícolas], p. 180).

Así el trabajo en el exterior ejerce la misma influencia que la instalación de la gran industria en la campaña. Eso consolida la pequeña propiedad agraria, este elemento del que se decía que era tan conservador, al mismo tiempo revoluciona completamente las condiciones de existencia de los pequeños propietarios y crea en ellos necesidades y originan ideas que son todo lo contrario de conservadoras.

Quien crea que las simples cifras estadísticas agotan el contenido infinitamente variado de la vida social, puede recuperar su tranquilidad leyendo las cifras de la estadística de las haciendas, las cuales demuestran que, por más lejos que pueda llegar el desarrollo en la ciudad, en el campo todo permanece como antes y no se percibe desarrollo decisivo en ninguna dirección. Pero quien mira más allá de estas cifras y no se detiene como hipnotizado sólo en la relación entre pequeña y gran explotación, llega a formular un juicio muy distinto; advierte que, ciertamente, las grandes explotaciones no varían de número, que las pequeñas haciendas no son absorbidas por las grandes, pero que las unas y las otras, gracias al desarrollo industrial, sufren una completa revolución, y una revolución que establece un contacto siempre más estrecho entre la pequeña propiedad agraria y el proletariado sin tierra y hace siempre más idénticos sus intereses.

Pero los efectos del desarrollo económico no se agotan aquí. El desarrollo crea una serie de otros factores que cambian profundamente el carácter de la agricultura que produce mercancías, vale decir, que produce un excedente para la sociedad.